



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

Valencia 12 de Junio de 1864.

NÚM. 29.

#### SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Luis Fabra y Cervera.—Cinco duros, (conclusion) por D. Rafael Blasco.—Costumbres populares: la verbena de San Juan, por D. Gerónimo Flores.—Mortero colosal.—Recuerdos militares de Pompeya, por Mr. Le Belley.—Juan Colín: leyenda tradicional, (continuación) por D. Dámaso Delgado Lopez.—Barcelona y Valencia: al distinguido escritor catalá D. Joan Mañé y Flaquer, (poesia) por D. Teodoro Llorente.—A un árbol, (balada) por D. E. de Saavedra, Marqués de Añón.—Meditación, (poesia) por D. Isidoro F. Flores.—La infancia de Cervantes ó el genio se revela, por D. Nicolás Díez de Benjumea.

**Láminas.** Mortero mónstruo fundido en los Estados-Unidos de América.—Vista del foro romano en Pompeya.—Tipo mejicano (el arriero).

#### REVISTA DE LA SEMANA.

Esta semana ha trascurrido desde nuestra anterior revista, y los sucesos que allí examinamos, si no permanecen en el mismo estado, pocas son las novedades que presentan. Las conferencias de Londres continúan su obra y van tocando á su término; y su probable resultado será la inutilidad de las medidas allí presentadas, ó cuando mas una prórroga de la suspensión de las hostilidades. Y por si acaso continúa la guerra, los hombres se preparan por medio de inventos para salir vencedores en la lucha: pues

según una correspondencia de Viena, parece que un capitán de artillería ha inventado un cañon rayado de dos tiros, con el que puede hacerse fuego diez y seis veces por minuto. Creemos que el autor de este invento no esperará merecer bien de la humanidad, cuando por medio de su talento trata de destruirla. Sin embargo, como pocos venenos dejan de tener su antídoto, así como los mas acerbos dolores nos proporcionan algun lenitivo, si el invento arriba citado sirve para la destruccion de la humana especie, otros sistemas de curacion se ensayan para aliviarla en sus dolencias. Pues en la guerra de Dinamarca se está usando con el mejor éxito en los hospitales de sangre del ejército austro-prusiano de una materia que sustituye perfectamente y hasta con ventaja á las hilas en la curacion de las heridas. Esta materia no es otra cosa que el carbon vegetal reducido á polvo muy fino, con el cual se espolvorea bien toda la herida, cubriéndola en seguida con un trapo y un fuerte vendaje, repitiendo la operacion cada veinte y cuatro horas en las heridas graves, y cada tres dias en las leves. Mejor fuera que no tuviéramos necesidad de estos remedios; pero tal como se halla constituida la sociedad, la idea de una paz universal, es únicamente un sueño sin aplicacion práctica.

La insurreccion de Túnez continúa con algunas alternativas: y parece que en un pueblo de aquella regencia acaba de fallecer Abdul-Selim-Barbarroja, último vástago de aquel célebre pirata terror de la cristiandad. Se asegura que el difunto poseía una bandera de San Juan de Malta, tomada por su ascendiente á los caballeros de esta orden en un combate naval que tuvo lugar en las aguas de Sicilia. No dudamos que los actuales caballeros practicarán las oportunas diligencias para rescatar esta joya de manos de los infieles.

En la Argelia las tribus de Djebel-Amour se han entregado, sometiéndose sin condicion al general Yusuf; los rebeldes de la provincia de Orán han experimentado nuevas derrotas, y las tribus del centro que resisten todavía serán vigorosamente atacadas. Pero según dice *El Eco de Orán*, se ha puesto al frente de las tribus sublevadas la hermosa princesa Zelina, sobrina del célebre emir Abdel-Kader. Se cuenta de esta nueva amazona, que tiene ahora la edad de 28 años, y que no ha querido casarse solo con la idea de libertar á su pais. Viste el traje de hombre y empuña el alfange con una gallardía sin igual: no sabemos si con este refuerzo tomará diferente rumbo la insurreccion; pues lleva esta muger varonil una numerosa escolta de robustos y jóvenes árabes, que morirán todos antes que se toque un pelo del jaique de su preciosa gefe.

Si las guerras producen males y trastornos, en cambio ofrecen á veces ventajosos resultados, pues por medio de tratados nos ponen en comunicacion con extraños paises que adoptan nuestras costumbres, difundiendo de este modo la civilizacion. Una prueba de ello es la China, donde el gobierno ha publicado el programa de una Exposicion universal agrícola é industrial, que ha de tener lugar en Pekin en Junio de 1865. El emperador quiere ver en su pais todos los adelantos que han hecho en dichas materias todos los paises del mundo, así como que éstos vean los de China, y pueda establecerse un comercio activo entre todas las naciones. Tambien para entonces se habrá promulgado una carta tan liberal como lo permita el estado de insurreccion y tolerancia de los chinos.

Trasladémonos á Londres y siguiendo el Támesis en el término que media desde Esher hasta Kingston, bajo los frondosos árboles que



se reflejan en aquel río se levanta una modesta capilla católica, donde se ha celebrado el enlace del heredero de la casa real de Orleans, Luis Felipe Alberto, conde de París, con su prima Isabel de Orleans, hija de los duques de Montpensier, infantes de España. La fiesta ha sido suntuosa, habiendo asistido la reina Amelia y toda su familia, los príncipes de la casa real de Inglaterra, el cuerpo diplomático extranjero y varias notabilidades de Inglaterra y Francia. Terminada la ceremonia se dirigió el numeroso cortejo al palacio de Clermont, en donde los recién casados y la reina Amelia recibieron respetuosas felicitaciones: á la una se sirvió una magnífica comida en la tienda próxima al palacio: terminando la fiesta con un baile y una cena dada por los duques de Chartres, en el jardín de su propiedad cerca de Richmond. Enviamos nuestro humilde parabien á los nuevos esposos deseándoles todo género de felicidades.

En Madrid continúan con gran actividad los preparativos para la inauguración de los Campos Elíseos, que según noticias rivalizarán con los sueños de las mil y una noches.

Por fin el ayuntamiento de Valencia ha acordado definitivamente el derribo de las murallas, y en la reunión celebrada el sábado con este motivo, el Sr. alcalde propuso la realización de un empréstito de 200,000 rs. para llevar á cabo dicha obra, que deseamos ver en ejecución cuanto antes.

Los teatros á consecuencia de lo avanzado de la estación se hallan desiertos: el de la Princesa cerró ya sus puertas, y el Principal se ve muy poco concurrido desde que terminó la ópera. El martes se puso en escena en dicho coliseo la bonita pieza en un acto de nuestro amigo el Sr. Rico, *Pecador y Arrepentido* que mereció los aplausos del público.

Por la revista y por todo lo no firmado:  
LUIS FABRA Y CAVERO.

## CINCO DUROS.

(Conclusion.)

V.

¡Dios mío! las tres. La hora en que yo pensaba pasear placenteramente por el Prado! Las tres y todavía no he visto á Carolina, ni he almorzado siquiera. El pobre Julio cree que va á morir y me ha estado hablando de sus negocios, y me ha encargado que avise á su familia de lo que ocurra. Las mugeres son la perdición de los hombres. Hé aquí un chico joven, guapo, elegante, rico, y que va á matarse por una coqueta... mal dicho, no es coqueta la muger que obra como Luisa, es algo peor.

Si todas fueran como mi Carolina el mundo sería una balsa de aceite. Esa chica es todo corazón, tiene siempre la verdad en los labios, es una bellísima excepción de la regla. ¡Qué lástima que yo no sea rico para casarme con Carolina!

Me voy á verla; pero no, antes debo almorzar. Las tres no es la hora mas á propósito para un almuerzo, pero quiere decir que comeré tarde y que el almuerzo será muy frugal. Despues iré á ver á Carolina y comeré allá á las siete para marchar al teatro á las ocho.

¡Diantre! quería pasar un día feliz y ya he gastado medio en superfluidades.

Pero me consuela la idea de que he favorecido al prógimo.

En cambio me consagrare á mí mismo hasta mañana.

Allí veo una fonda, allí me cuelo.

IV.

—¿Dónde vá V. tan de prisa, Sr. Lopez?

—¿Eres tú, Maruja, qué me quieres?

—La señorita Carolina me ha dicho que si encontraba por casualidad á V. le diera un recado y la casualidad me ha servido á pedir de boca.

—¿Y qué quiere Carolina?

—Que sepa V. que esta tarde saldrá á paseo con una amiga hacia el puente de Toledo.

—Vaya un paseo extraño.

—¿Qué quiere V.? Allí libres de la presencia de su mamá que no puede ver á V. ni pintado....

—Yo le pago en la misma moneda.

—Allí, digo, podrán hablarse VV. largo rato.

—Pues mira, allá voy dentro de una hora.

—No; ha de ser en el momento: la señorita ha salido ya de casa y si despues sabe que V. ha tardado por su gusto, tendrá celos y regañará con V. Y la ocasión es oportuna, porque cierto alférez de caballería pasea todos los días la calle á pié y á caballo y le dirige unas miradas tan tiernas que pueden ablandar el corazón mas duro.

—¿Esas tenemos? ¿conque hay un oficialito que me disputa el amor de Carolina?

—Sí, señor.

—Ah, pues me voy corriendo al puente de Toledo. Adios.

—Adios, Sr. de Lopez.

VII.

—Le voy á decir á Carolina cuántas son cinco. Ese oficial me dá mala espina. No perdamos el tiempo, y caminemos hacia el puente de Toledo.

VIII.

—¡Brrr!!! Hace un frío que hiela los huesos; estoy tiritando. La noche se echa encima.

Me he divertido como hay Dios, paseando toda la tarde con este viento de Guadarrama que regala pulmonías como si repartiera confites y sin encontrar á esa ingrata.

Es muy posible que Carolina me haya enviado al puente de Toledo, con el objeto de conversar libremente con ese.... subalterno de caballería.

¡Despreciarme por un alférez!

Verdad es que yo no soy nada, no puedo ni valgo nada, pero ¡qué demonios! ¿Tanto vale un alférez?

Yo en un día mas ó menos lejano brillaré en el mundo. El público indudablemente aplaudirá mis comedias y comprará mis libros, me llamarán en las gacetas de los periódicos distinguido literato, célebre escritor y quizás dirán que soy un genio, el gobierno me nombrará embajador ó ministro plenipotenciario ó al menos gobernador de cualquier provincia, y todo esto debe tenerlo en cuenta Carolina, á quien no le vendría mal que la llamasen gobernadora.

Mientras que ese alférez, ese pobre alférez, no alcanzará nunca la efectividad de capitán.

Por supuesto que todo lo que me ha contado la criada es falso, estoy seguro de ello.

Pero aquella que pasa es Carolina; sí, Carolina con su amiga y el alférez.

Voy á tomar una venganza ruidosa.

Me acercaré á él y le atravesaré el corazón de una puñalada.

Pero es el caso que no llevo puñal, ni cuchillo, ni navaja, ni un miserable cortaplumas.

Entonces me acercaré y la puñalada será para mí; moriré y mi sombra vagará al alrededor de esa pérdida como un remordimiento eterno.

Tampoco puedo realizar este proyecto, por la falta de armas en primer lugar y sobre todo porque quiero vivir.

Pues me acercaré, y le apretaré el cuello hasta que saque la lengua, ó le pegaré un puñetazo en el cogote, ó un puntapié en cualquiera otra parte del cuerpo.

Pero sacaré el sable y me solfearé de lo lindo.

La mejor venganza es pasar sin decir nada; ella me verá y caerá desmayada.

Bueno; que se muera de disgusto.

IX.

He pasado y Carolina no se ha desmayado, por el contrario se ha reído ruidosamente y le ha dicho al alférez:—Ese es.

El alférez se me ha aproximado gritando:

—Sr. Lopez, Sr. Lopez!

—¿Qué se ofrece? he contestado yo.

—Tenemos que hablar.

—Yo no conozco á V.

—No importa; alguna vez hemos de empezar á tratarnos.

—Es que yo no quiero tratar á V.

—No sea V. arisco; y véngase conmigo que el asunto nos interesa á los dos.

Y me ha cogido del brazo y me ha hecho que le acompañara á la fuerza.

El militar me ha dicho que está enamorado perdidamente de Carolina, que ésta le corresponde, que le ha confesado que me tenía cierto cariño, una especie de compasión, la lástima que se siente por un desgraciado; que él, sin embargo, tenía celos de la conmiseración de Carolina y que exige de mí que la olvide y que no vuelva á verla ni hablarla.

Todo esto me lo ha dicho de una manera brusca, dura, altiva; ese hombre creía que estaba hablando con un recluta.

Yo iba á contestarle en el mismo tono, pero me he contenido; es muy grande el dominio que tengo sobre mis pasiones.

Al cabo de tres horas de conversacion nos hemos hecho mútuas concesiones; es decir, yo le he sacrificado mi amor y él ha quedado dueño absoluto del campo.

A mí nadie me gana á generosidad y en esta ocasión he vencido.

Verdad es que me ha costado poco; así como así, me iba ya cansando de Carolina.

X.

Las ocho de la noche y todavía no he almorzado; parece que la fatalidad me persigue.

Voy á comer y para resarcirme de la privación anterior el cubierto será de cuatro duros; despues me fumaré un puro, porque el vicio del cigarro es el que me domina.

Luego iré al teatro Real, aunque llegue al segundo acto, á la salida hablaré cinco minutos con el padrino del adversario de Julio y por último dormiré descansadamente hasta mañana.

He perdido el día; pero aprovecharé la noche.

Me he empeñado en ser feliz por algunos momentos y lo seré, para eso tengo cinco duros.

Con el dinero se obtiene todo, hasta la dicha; el mundo lo dice y mi ejemplo lo prueba.

Mi nariz se recrea anticipadamente con el olorillo de una buena comida y la boca se me hace agua solo de pensar en el opíparo banquete que me espera.

Creo que me voy haciendo algo gloton y que pienso demasiado en mi estómago.

En este momento cambiaria veinte Carolinas por una chuleta.

Verdad es que Carolina me ha jugado una pasada muy perra.

La olvidaré, puesto que ella se empeña.

El saludo de un hombre que saca la cabeza por la portezuela de un coche de plaza interrumpe mis reflexiones.

El coche se para y el hombre me llama: no le habia conocido; es el empresario del teatro del Príncipe.

—¿No sabe V. que esta noche se lee su drama? me ha dicho.

—Lo ignoraba.



—Pues va á empezar la lectura en este momento, y conviene que V. asista á ella. Se han reunido algunos amigos, personas distinguidas del mundo literario, para juzgar la obra; naturalmente harán observaciones, discutirán sobre la naturalidad de la accion ó sobre la verdad de los caracteres, ó sobre el efecto de las situaciones y V. tendrá que responder á sus argumentos ó que someterse á su juicio.

—Es indudable.

—Pues venga V. conmigo que no tenemos tiempo que perder: si la obra gusta, mañana empezarán los ensayos y la semana que viene se pondrá en escena.

—¡La semana que viene! Sí; le acompaño á V.

—¡Cochero! al teatro del Príncipe.

## XI.

Salgo mareado, aturdido: he leído mi drama y aquellos encopetados señores, aquellas distinguidas eminencias literarias no han alcanzado á comprenderlo.

En las escenas mas tiernas soltaban el trapo á reir como unos locos, y cuando yo apuraba el diccionario de los chistes se quedaban tristes y macilentos.

Después han analizado el drama escena por escena, lo han disecado, han buscado y rebuscado defectos, como traperos que revuelven un monton de basura para encontrar un pingajo, lo han censurado todo; el pensamiento, los personajes, la versificación, el fondo y la forma.

Unos han dicho que de los cinco actos que tiene el drama sobran cuatro y medio, otros que debia añadirle prólogo y epílogo, aquellos aseguraban que están demás cuarenta de los cuarenta y cinco personajes que juegan en la accion, éstos que falta un motin para presentar un pueblo entero sobre las tablas; quién ha juzgado la versificación demasiado lírica y quién ha dicho que los versos son coplas de ciego.

He sostenido una lucha titánica con aquellos perros de presa de la literatura y al fin hemos transigido; suprimiré dos actos y veinte personajes, corregiré los versos y la obra se representará.

El día en que el público me aplauda me colocaré por encima de todos esos aristocráticos ignorantes que me han hecho pasar tan mal rato, y si alguno de ellos presenta una obra y yo he de juzgarlo, sea en una reunion privada, sea desde las columnas de un periódico, entonces....

Entonces me acordaré de esta noche fatal y no seré para ellos un perro de presa, seré un perro rabioso.

Suenan horas: las doce. Ahora me acuerdo que todavía no he almorzado.

No he sido muy feliz que digamos en este día que pensaba consagrar por completo á mi felicidad.

Las doce de la noche y en ayunas, y con dinero en el bolsillo y con un hombre que me espera para arreglar un asunto de honor.

Tentado estoy por enviar á paseo el honor de Julio y refugiarme en cualquier parte y cenar con toda comodidad.

Pero no; el honor es lo primero; lo quiere así la sociedad. Sobre todo si yo faltara á esta cita no solo me deshonraria sino que deshonraria á Julio, y yo quiero mucho á mi amigo para consentir que por mi culpa le señalen con el dedo.

Visitemos al padrino: es cuestion de cinco minutos, después no me faltará donde cenar y donde dormir.

## XII.

Está de Dios que todo ha de salir contrario á mis deseos en este día desdichado.

Después de la lucha literaria, he tenido otra lucha que no sé cómo llamar con el padrino de mi adversario.

Un bruto; un hombre de seis piés, con la boca torcida, chato, tuerto, tartamudo, con una cicatriz que va desde el ojo izquierdo hasta la boca, patillas enormes y erizadas, una voz como un cencerro y unos puños de atleta que descargaba con furia sobre la mesa cada vez que me atrevia á indicarle una observacion, haciéndola crugir como si le dolieran los golpes y se quejara.

Se ha empeñado en que el duelo habia de ser á muerte y en que me he visto para hacerle desistir de su empeño.

No vuelvo á meterme en otro lío semejante ni por Julio, ni por mi abuelo, si resucitara.

Ahora son las dos de la mañana, ¿á dónde voy yo á las dos de la mañana?

Los cinco duros aquí están nuevecitos, brillantes; pero ¿de qué me sirven estos cinco duros?

Sí que me sirven; me sirven de desesperacion, porque sin ellos no hubiera yo soñado pasar un día feliz.

No he comido y no sé dónde dormir; de modo que tengo dinero y habré de pasar la noche al raso.

Hace demasiado frio y están demasiado duros los asientos del Prado, pero no recuerdo otro sitio donde se descansen mejor al aire libre.

¿Qué le hemos de hacer? dormiré en el Prado.

Pero no; me salvé. Vuelve al pecho, esperanza, que acabo de divisar una luz triste, misteriosa, opaca que para mí ha sido una estrella semejante á la que guiaba á los Reyes Magos; una luz que alumbra débilmente un cartel donde se lee: *Casa para dormir*.

Una casa donde por un real se duerme; donde se reúne toda la escoria de la sociedad, donde la ropa se coloca debajo de la almohada y aun así desaparece en muchas ocasiones, donde la policía suele hacer visitas que siempre dan resultado; pero con todo esa casa me parece un oasis en medio de este desierto que me rodea.

Al menos dormiré, descansaré, olvidaré, me moriré hasta mañana.

No soy del todo desgraciado.

## XIII.

He entrado en la casa y me ha recibido un hombre de fisonomía poco simpática.

—Vengo á pasar aquí la noche, he dicho al entrar.

—No hay inconveniente, me ha contestado.

—¿Dónde podré dormir?

—Ahí tiene V. una cama.

—Pues voy á desnudarme: buenas noches.

Poco á poco, caballero; no tengo costumbre de dejar dormir á nadie sin que me adelante la paga, porque de lo contrario á muchos se les olvida de que una cama cuesta un real.

—Eso quiere decir.....

—Que si V. no me paga ahora, en el momento, se marchará á la calle.

—¿No es mas que eso? he dicho sonriendo; ahí tiene V., buen hombre, cóbrese V.

Y le he entregado la moneda de cinco duros.

El hombre la ha mirado, la ha dejado caer sobre una mesa, ha fijado después sus ojos en mí y me ha contestado con cierta dureza.

—Esta moneda es falsa.

—¿Falsa! he exclamado estupefacto.

—Como Judas.

He dejado caer la cabeza con abatimiento. Es falsa la moneda; es decir, tengo que renunciar á todos los sueños de felicidad, tengo que dormir en la calle. No hay remedio; me conformo; las almas grandes se revelan en los momentos supremos.

He dado dos pasos hacia la puerta.

De repente me ha aguijoneado el vicio; no he sentido el hambre, ni el frio, he sentido la necesidad de fumar.

Me he vuelto avergonzado á aquel hombre

duro y miserable y le he dicho con voz suplicante, como quien pide una limosna:

—¿Me haria V. el favor de un cigarrillo?

—No fumo, me ha contestado con aspereza.

Dos lágrimas se han desprendido de mis ojos, he bajado la escalera maquinalmente, he salido á la calle y me he encaminado hacia el Prado.

¡Quiera Dios que el hambre y el frio no me maten esta noche, que vuelva á ver la luz del sol el día de mañana!

RAFAEL BLASCO.

## COSTUMBRES POPULARES.

### La verbena de San Juan.

Dejemos en buen hora que los hombres ilustrados se entretengan en buscar motivos en las curiosidades artísticas para escribir largos artículos, que estudien las antigüedades de los pueblos y las obras monumentales que encierran, que nos describan las bellezas mas esquisitas de las artes y satisfagan en parte este vértigo reinante de la ilustracion; mientras que describo una de las añejas costumbres que existen en la capital de la hispana monarquía.

La víspera del día de San Juan tiene lugar en el salon del Prado la tradicional verbena del Santo, digna por mas de un concepto de haber ocupado la imaginacion de algunos de nuestros célebres escritores, para hacer de ella el origen de una zarzuela ó novela. Dicho paseo es el destinado para esta velada.

Lo mismo se distingue entre la multitud el sombrero calañés que el de copa, el pañuelo á la cabeza que la elegante capota, prueba evidente de que el mundo empieza á alcanzar el benéfico influjo del siglo actual.

Esta verbena ha perdido mucho de su primitivo esplendor y si á formar parangon fuese de lo que ha sido y lo que es, fácil seria que abandonase generosamente mi proyecto.

En la larga estension que media desde la fuente de Cibeles hasta el paseo de Atocha, difícilmente puede colocarse una silla entre la multitud, ni menos conseguirla para gozar de la animacion que allí reina, y de la agradable brisa que logra adormecer con su arrullo á muchas de las elegantes hijas de la villa del madroño.

Aquel paseo alumbrado con profusion de luces, lleno de puestos ambulantes de licores, rosquillas, frutas, tiestos de albahaca, reseda, claveles y multitud de flores que perfumando el ambiente parecen avivar sus pétalos para adormecer el corazon de los tristes: forma un conjunto por demás pintoresco y digno de los pinceles de uno de nuestros célebres paisajistas.

Allí se descubren varios jóvenes con guitarras y otros instrumentos que recorren bulliciosos aquel recinto entonando alegres cantares. Mas allá una turba de chiquillos asaltan los cristales de un poliorama, mientras la gente mas formal escucha silenciosa los romances que entona un ciego al son de su vihuela; en uno de los extremos se ven colocados diferentes hornillos en los que se confeccionan multitud de docenas de buñuelos que sirven de lastre á los aficionados á contemplar el curso de los astros al empinar la bota henchida del licor divino.

Diferentes grupos se ven en los puestos de rosquillas, y á los umbrales de los templos consagrados al dios Baco, dando no poca materia á la observacion del curioso espectador las personas que los componen y las chistosas ocurrencias que amenizan su permanencia en aquellos sitios.

Los ecos de una orquesta anuncian que Terpsicore tambien ha improvisado su templo



en aquel lugar, y la juventud toma posesion de él buscando los amigos de la danza sus respectivas compañeras que llenas de placer solo aguardan la mas insignificante manifestacion para participar de las emociones que proporcionan unas habaneras bailadas á la última perfeccion.

A las dos de la madrugada crece el bullicio, se aumenta la algazara y es por demás grato observar aquellas escenas de tumultuosa alegría en medio del paseo que la noche antes habia tenido el privilegio de ver reunidas á la mayor parte de las damas de la corte.

Sin perjuicio de que alguna que otra quimera suele velar momentáneamente la alegría de que están poseidos cuantos allí concurren, la generalidad vuelve gozosa á sus hogares antes que el sol hiera sus macilentos ojos acariciando en su mente el grato recuerdo, de que han gozado de uno de los sencillos placeres con que Dios matiza la existencia de la humana sociedad, dando tregua á la mentida ficcion de ciertas grandezas para que resalten

con mas viveza los colores de los cándidos placeres de corazones sencillos.

Tal es en compendio la verbena de San Juan que se celebra todos los años en Madrid con mas ó menos ostentacion, pero siempre con una concurrencia extraordinaria que prueba evidentemente lo arraigados que están en la corte los antiguos usos y sencillas costumbres populares.

GERÓNIMO FLORES.

### MORTERO COLOSAL.

Las piezas de mayor calibre que se emplean actualmente en la guerra de América, son bombas ó balas huecas de 13 pulgadas de diámetro, empleándose á veces aun de mayor calibre cuando en casos escepcionales es preciso usarlas contra fortificaciones ó navios. Los morteros que arrojan estas balas gigantes, son una pieza de hierro taladrada, que tiene el enorme peso de 17,000 libras,

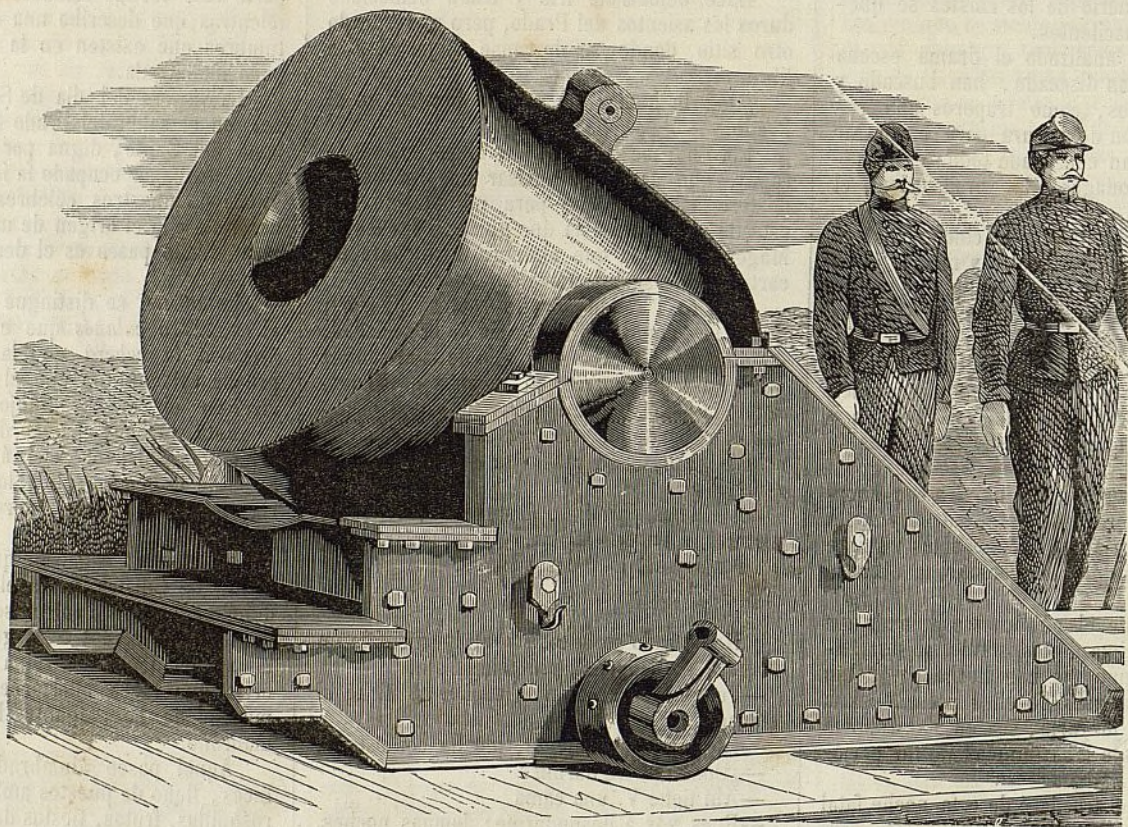
sin incluir en él el de la cureña, y para su manejo se necesitan siete hombres, cada uno de los cuales tiene ocupacion distinta. La escuadra de la Union está ya armada, en su mayor parte, con estas piezas colosales, y pronto se sabrá el efecto que producen en las fortificaciones separatistas, contra las que muy en breve empezarán á funcionar.

Al ilustrado ingeniero militar francés M. Le Belley, debemos la siguiente descripcion y dibujo del grabado que acompañamos.

### RECUERDOS MILITARES DE POMPEYA.

En este hermoso pais de Nápoles, en que tanto abundan los recuerdos históricos, hay uno que impresiona particularmente al viajero: ese recuerdo privilegiado es Pompeya.

Preciso es visitar esa ciudad, sepultada, si así pudiera decirse, viva, y cuya exhumacion



MORTERO MÓNSTRUO FUNDIDO EN LOS ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA.

tantos esfuerzos cuesta; preciso es seguir por sus silenciosas calles la huella de los carros que hace ya veinte siglos la están surcando; detenerse en aquellas tiendas cuya muestra ó idónea construccion revelan el género de comercio que en ellas se hizo; penetrar en aquellas habitaciones, que todavía están revelando la condicion de sus antiguos moradores: entrar en aquellos templos donde uno cree percibir todavía el vapor de los últimos sacrificios; recorrer aquellos Foros ó plazas, rodeadas de pórticos decorados de estatuas..... y despues de haber visto aquellas Academias, escuelas y teatros que acreditan no menos la inteligencia del pueblo que la prevision de los Magistrados, preguntarse cuál es la significacion, cuál la tendencia del progreso moderno en lo que se refiere al bienestar social. No permiten los límites de nuestro artículo el dedicarnos á pintar aquella sociedad estinguida, pero que á cada paso se revela en este terreno; solo bosquejaremos algunos de los rasgos de su fisonomia militar, que por lo regular es casi siempre

la expresion mas verídica del espíritu público y del carácter nacional. A los fenicios (catorce siglos antes de la era cristiana) se atribuye la fundacion de aquella ciudad, cuya denominacion de *Pompeii* (fuego apagado) proviene sin duda de hallarse situada sobre una colina volcánica. Siete siglos despues de aquella época, los etruscos y los pelagos ocuparon la ciudad y reemplazaron la primitiva muralla que la circun- da por un recinto bastionado que en parte subsiste todavía. Forman este recinto dos muros, que estendiéndose en direccion casi paralela, á tres metros de reciproca distancia, sostienen un macizo intermedio que forma el *agger* ó plataforma, al que se sube por medio de gradas de piedra de sillería colocadas de trecho en trecho. El muro exterior tiene ocho metros de elevacion, y el interior once: ambos eran almenados. Torreones de diversos pisos montados sobre el *agger*, en distancias correspondientes á las necesidades de la posicion, completaban aquel sistema de defensa, defectuoso por mas de un concepto. La falta total

de ángulos hacia posible el ataque en toda la línea, y la mayor elevacion del muro interior permitia á los que asaltasen la plataforma mantenerse allí á cubierto, una vez que se hubieran apoderado de ella.

El año 43 antes de la era vulgar, Pompeya cayó en poder de los samnitas; fue asediada por Sila, que no se dió por satisfecho hasta derribar el frente exterior de los torreones y no consentir restaurar de la maltratada plataforma mas que el muro de recinto. Todavía subsisten visibles las pruebas de aquella vergonzosa capitulacion.

Finalmente, el año 80 antes de Jesucristo, fue la ciudad declarada colonia y municipio romano con el dictado de *Felix*, y durante el 41 de nuestra era recibió en su recinto otra colonia que se denominó *Augusta*.

Pompeya llegó entonces á verse en un estado floreciente y cual debió ser perteneciendo á una nacion que dictaba leyes al mundo; pero la desgracia, desgracia inevitable que ningun poder humano podia evitar, andaba por



decirlo así rondando los muros de la desgraciada ciudad.

El Vesubio hacia ya siglos que al parecer tenia completamente apagadas sus hogueras. Strabon decia: «Puede conjeturarse que esta montaña habrá ardido en tiempos remotos; pero el volcan se halla ya estinguido.»

Por consiguiente, no turbaba la menor inquietud á los habitantes de Pompeya; reinaba la mas absoluta confianza cuando en Febrero del año 63 de nuestra era el suelo de toda la Campania se estremeció violentamente y se cubrió de ruinas. Este fue el primer aviso de otra mas espantosa catástrofe.

A la una de la tarde del 23 de Noviembre del año 79, el Vesubio padeció horribles sacudimientos, y abriéndose la montaña en toda su elevacion, vomitó por espacio de tres dias raudales de fuego: Pompeya quedó sepultada bajo montes de ceniza; Retima y Herculano desaparecieron entre torrentes de lava, y el mar se retiró á otras playas.

Todos los que desde el primer momento no encomendaron su salvacion á la fuga, murieron consumidos por las llamas ó sofocados bajo las cenizas. Tal fue la suerte de Plinio el Mayor, que pereció en Stavia, á 14 kilómetros del Vesubio.

Si es de presumir que los fugitivos volvieron en seguida á practicar diligencias para buscar los objetos preciosos que habrian abandonado, es tambien cierto que muchos emperadores hicieron desenterrar estatuas y mosaicos; mas por último, aquella catástrofe se fue poco á poco borrando de la memoria de los hombres, y hasta el nombre de Pompeya habria quedado enteramente en olvido si la canalizacion del Sarno en 1592, no hubiera hecho encontrar esas ruinas, cuyo origen no pudo por de pronto ser conocido. Solo la codicia siguió por su cuenta haciendo nuevas escavaciones, hasta que por último, un soberano de ideas grandes y elevadas intenciones, Carlos III, puso fin á las devastaciones mandando egecutar trabajos por cuenta de la corona y organizando las preciosas colecciones que hoy se admiran en Nápoles, Caserta y Portici, que hace todavia dos años eran las únicas que existian en el mundo. Hoy no existen ya las dos últimas, y el Museo Borbon de Nápoles va empobreciendo cada dia... La revolucion ha puesto sobre él la mano.

El desenterramiento de una tercera parte por lo menos de la ciudad romana (52 hectáreas y  $\frac{1}{4}$  de superficie), han puesto en descubierta preciosos testimonios de su vida militar. El Decurionato, un cuartel y otros edificios, al ser restituidos á la luz con su aspecto primitivo y su carácter especial, dan una idea de lo que era el ejército en aquellos tiempos.

Los empleos eran conferidos por sistema electivo: los decuriones se reunian en el Foro

civil y proponian los candidatos; el pueblo, representado por sus comicios (colegios electorales), aprobaba ó desechaba los nombramientos. La siguiente inscripcion del sepulcro XXXII, descubierto en la via de las tumbas, se refiere á esta clase de elecciones:

A. VEJU. M. F. H. VIR. J. D. P. TER. QVING. TRIB. MILIT. AB. POPVL. EX. D. D.

(Aulo Veyo, hijo de Marco, *Dumviro* de Justicia por segunda vez, quinquenal tribuno de los soldados, electo por el pueblo con arreglo á decreto de los centuriones.)

El Foro triangular de los etruscos era la plaza de armas, y en ella existia un templo dedicado á Hércules. En esa sola parte de la ciudad, que se estiende entre los dos Foros,

no dejan de ofrecer interés, no menos por su original carácter, como por algun recuerdo histórico que conservan. Sabiase, por ejemplo, que Messala habia sido Cónsul el año 3 antes de nuestra era; mas quedaban dudas por lo tocante á su colega. Estas dudas quedaron aclaradas por una inscripcion encontrada en la pared de una callejuela inmediata al cuartel, en la que, refiriéndose una aventura con cierta muger llamada Tiche, se hacia mencion del Consulado de M. Messala y de L. Lentulo.

En aquel mismo edificio se encontraron 63 esqueletos, de los cuales cuatro existian todavia con grillos en el calabozo, y 37 amontonados en un rincon del patio. El esqueleto de un caballo enteramente enjaezado cerraba el paso de la puerta del Centurion. En el suelo del patio, en los dormitorios y en otros puntos se encontraron cascos, escudos, sables y hojas de lanza ó de dardo, objetos tal vez olvidados durante la precipitada fuga á que se entregarían sus antiguos dueños al principiar la catástrofe.

Infírese que el cuartel servia para la vida en comunidad del soldado y el patio para los ejercicios gimnástico-militares, y se hallaba situado cerca de los principales puntos de concurrencia, porque el soldado, no solo debia proteger á la ciudad de los ataques del enemigo, sino sostener en el interior el imperio de la ley. Finalmente, hasta el sitio en que el amontonamiento de cadáveres revela que hallaron la muerte, demuestra que al recibirla se hallaban animados del sentimiento del deber, pues ni en aquel terrible momento del *sálvese quien pueda*, no se refugiaron bajo el pórtico, conservaron su formacion y murieron esperando las órdenes de sus gefes. Paguémosles este merecido tributo á la distancia de diez y nueve siglos que lo están esperando.

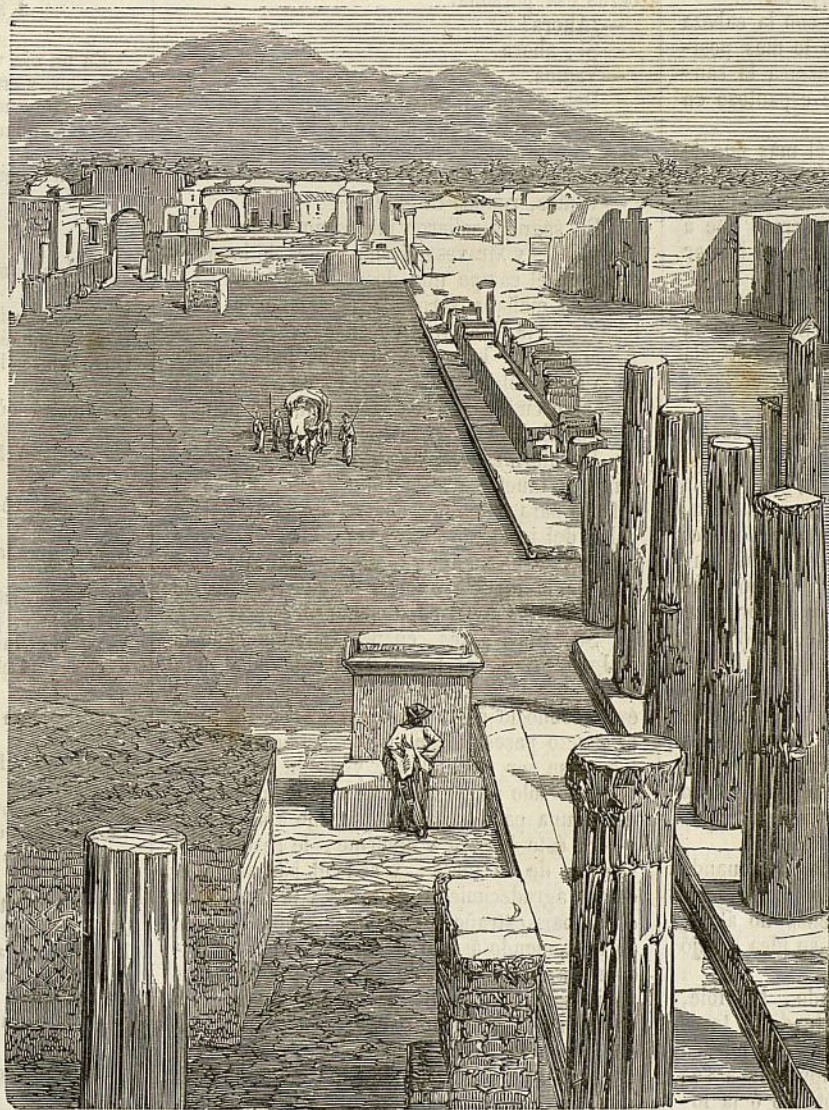
Restos humanos, con armas, probablemente de centinelas, han sido tambien desenterrados ante el templo de la Fortuna.

Y finalmente, en un nicho embovedado, á la entrada del arrabal Felix Augusta, se descubrió el esqueleto de un soldado,

de pié, con el casco en la cabeza y la espada al cinto, que debió recibir la muerte fija en su puesto, guardando la puerta Herculana y conservando á todo trance el deber de la consigna.

¡Honor á esos valientes! Sus preciosos restos han atravesado los siglos como para decirnos que la disciplina, el valor y la abnegacion constituian tambien para ellos ese honor militar que en todos tiempos ha sido el elemento de la fuerza de los ejércitos y de la gloria de los imperios.

LE BELLEY.



VISTA DEL FORO ROMANO EN POMPEYA.

se vé la gran basilica, ocho templos, el Calcidio, las curias, una escuela, termas, dos teatros, tiendas elegantes, suntuosas habitaciones decoradas de pinturas, mosaicos y 830 columnas todavia en pié. Y sin embargo, no era mas que una ciudad de tercero ó cuarto orden.

El cuartel tocaba, por acertada disposicion de los Ediles, simultáneamente con el Foro triangular, con los teatros y con las fortificaciones. La fuerza podia pasar rápidamente por las calles transversales á cualquier punto donde se necesitase. El cuartel es un edificio de forma rectangular, que contiene un vasto patio y un pórtico cuyas columnas han conservado fielmente grotescas figuras é inscripciones semejantes á las que suelen ilustrar tambien los muros de nuestros modernos cuarteles, y que



## JUAN COLIN.

## Leyenda tradicional.

(Continuación.)

## VIII.

Aquel agudo pero cortado silbido era una señal de llamada, y comunicación entre el jorobado de la torre y Catalina.

Apenas oyólo ésta, cortó la conversación pendiente con el sacristán, y se dirigió hacia la torre en busca del jorobado.

Juan Colin había quedado desmayado en el sitio, al pensamiento de que su señorita Doña Isabel pudiese vivir, y no había oído por lo tanto el silbido, ni visto desaparecer á Catalina.

Catalina había tomado una luz y subido la tortuosa y destruida escalera de la torre.

Semejante á una hiena que con la cabeza inclinada al suelo y extendiendo lo mas posible los radios de su mirada, husmea la sangre, así parecía aquel hombre espantoso en la torre encerrado.

Nadie sabía otra cosa de él mas que lo que Catalina había dicho; pero ésta conocía el misterio que aquel hombre sujetaba á aquella torre, y este era sin duda el secreto que á Juan Colin iba á revelar cuando se oyó llamar por el jorobado.

A éste nadie lo conocía, nadie absolutamente le había visto de los habitantes de la villa, sino únicamente Catalina, que parecía ser su cómplice, ó su compañera ó esclava, pues con él estaba encerrada.

Esta complicidad entre estos dos seres, se reducía á muy poco.

Catalina, desde su juventud, que había sido algun tanto licenciada, vivía en la villa, y en la villa tenía fama, si así puede decirse, pues pasada su primera edad, se había encerrado en su casa, y en su casa se remediaban todas las necesidades del deshonor y se daba culto, aunque recatadamente, á todos los vicios. Sin embargo, esto permanecía algun tanto encubierto, pues se la veía públicamente dedicarse á comadre y á propinar remedios y medicinas, que generalmente tenían buen éxito. Para ella no había dificultad alguna, con tal de que fuese con secreto todo y bien pagado, pues no dejaba de tenerles algun miedo á los familiares de la Inquisición.

Una noche, ya se iba á recoger, cuando sintió llamar fuerte á su puerta. La primera impresion fue de miedo, y pensó no abrir; pero instantáneamente reformó su idea y bajó en seguida á abrir la puerta.

Un hombre informe, jorobado, horrible, Amrru Kam Achah, el habitante de la torre del castillo, penetró en su casa. Su mirada era estraviada, y Catalina comprendió á seguida en aquel hombre el idiotismo ó la locura.

—¿Eres la Cañizares? dijo aquel hombre sentándose.

—Sí; ¿qué te se ofrece?

—Necesito un filtro, una bebida, un veneno.

—¿Traes oro bastante?

—Cuanto pidas, si con ello consigo lo que deseo; toma anticipado.

Y le arrojó una bolsa llena de oro sobre la falda, que Catalina Cañizares guardó indiferente.

No os he dicho que este era el apellido de Catalina, y por el cual todo el mundo la conocía.

—¿Y para qué necesitais esa bebida? le respondió la Cañizares.

—Para que aquel individuo que la tome, no pueda por menos de sentir un inagotable deseo de amar á cualquiera.

—¡Ah! eso vale mucho.

—Te he dicho que pidas cuanto quieras.

—Además debo advertirte una cosa.

—Habla.

—Puede ser muy bien que aquel que la tome, si no le produce el efecto apetecido antes de cumplirse las veinticuatro horas despues de haberla tomado, llegue á morir.

—¡Ah, eso no! dijo el jorobado lanzando un rugido.

—Entonces, me es imposible, respondió la Cañizares.

—Inventa, miserable. Entonces, ¿de qué te sirve tu fama?

—Tal vez pudiera remediarse.

—¿Cómo?

—Si yo conozco la persona que lo ha de tomar, te lo podré decir.

—¿No hay otro medio?

—No.

El jorobado, despues de un instante pausado decidió, y dijo:

—Bien, no importa; vente conmigo y conocerás esa persona.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—Vamos.

—Debes tener presente una cosa, y es que si despues descubres á alguno lo que veas y el sitio que visitas, ningun lugar te podrá salvar de la muerte.

—Vamos, replicó Catalina.

En seguida salieron juntos en medio de la oscuridad, y atravesando las calles de la villa, cruzaron el campo uno despues de otro.

A la mañana siguiente al amanecer, encontraba sola la Cañizares en su casa.

Muger de brio y de ingenio, había engañado miserablemente á aquel idiota, sacándole buenos escudos de oro, y esta fue la primer vez que Catalina y Amrru se conocieron.

Un año despues de esto Catalina, perseguida de muerte por la Inquisición, buscó el refugio para todos desconocido de la morada ó cubil del jorobado, y desde aquel momento solo pensó en su interés de estar oculta á los ojos de la justicia y ver si descubrir podía de dónde sacaba Amrru tanto dinero.

Seis años antes, cuando Catalina conoció á Juan Colin, al brindarle hospitalidad una noche que la pidió en el castillo, y en la cual éste reconoció á las jóvenes Isabel é Inés por el exacto parecido con su madre, hubo de interesarse por él Catalina, y desde aquel día, mirando solo su porvenir y su conveniencia, y en alguna parte su amor, se dijo á sí misma:

—Si éste llegara á amarme, le revelaría el secreto de la torre, y con él adquiriría el eterno agradecimiento de todos y la protección en un país extraño. ¿Pero cómo completar mi obra, teniendo á Amrru por delante? Si descubriera su tesoro, lo mataría, y entonces nadie sabría nada de la Cañizares cuando pasase su vejez en un país extraño, en medio del lujo y las comodidades.

Madurando en su mente de continuo esta idea, llegó hasta el día en que nos encontramos, decidida para conseguir su bienestar y tranquilidad, el de matar ella misma si fuese posible al jorobado de la torre.

Una cadena mas para ligar á Juan Colin con su existencia, era la de que éste lo hiciera, y ya lo había acabado de conseguir.

Dadas, pues, tales esplicaciones, sigamos nuestro relato.

Catalina Cañizares hemos dicho que subió á la torre donde se hallaba Amrru, dando vueltas precipitadas en su reducido espacio.

—Estoy mal, muy mal, y necesito no morir, dijo el jorobado continuando en sus vueltas y con voz desentonada y salvaje.

—¿Qué es lo que quieres? añadió Catalina.

—Una bebida, un calmante que temple los latidos de mi corazón y las punzadas de mis sienes.

—Eso acabará pronto.

—¡Ah, no! corre, corre; si tardaras, me moriría.

—Vuelvo, respondióle secamente Catalina, bajando la escalera, mientras el otro rodaba

incesante la circunferencia polígona de la torre.

(Se continuará.)

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

## BARCELONA Y VALENCIA.

## AL DISTINGIT ESCRITOR CATALÁ

D. JOAN MAÑÉ Y FLAQUER.

¡Valencia! ¡Barcelona! ciutats qu'ab amargs  
(llabis.

Besa eixa mar que veren donar los nostres avis  
A llur senyera totes les ones per espills!

A vòstres fronts besones cenyir vull iguals pau-  
(mes:

En sanch y en glòries foren germans Borrells y  
(Jaumes,

Y germans som llurs fills.

En un niu va criarnos la llemosina sòca;  
Volarem, y en la platja la combatuda ròca  
Buscareu y nosaltres lo lluminós jardí:

Per çò, quant nos còrs junta de nostres mans  
(la estreta,

Los pensaments sen vòlen, com au que al niu  
(va dreta,

Al vell tronc llemosí.

Los pensaments sen vòlen al temps en que la  
(Glòria

En les daurades fulles de la immortal història  
Donava per eixemples al mon vòstres recòrs;

Quan vèrts llores brotaven lo Llobregat y el  
(Turia.

Y amostrá nòstra llengua á totes les mars Llu-  
(ria,

Y March á tots los còrs.

¡Roger, vòstre hòem de fèrro! ¡Ausias, nòstre  
(poeta!

Glòria que la una á l'altra sè unix, y que com-  
(pleta

Lo nòstre distint gèni, perque encá que germans,  
Rius brolla, pa nosaltres, de llet y mèl la tèrra,  
Y ab ses dures mamelles vos va nutrir la sèrra  
Dels valents laletans.

Fòrts, com los faigs que creixen robusts en la  
(montanya,

De la mar, Barcelona, que tes muralles banya,  
Tos avis en llurs vèles cautius feren los vents;  
Y deixant nostres pares á Deu regir les ones,  
En los hòrts delitosos varen ferse coronas  
De murta y de sarments.

Mes tantòst aplegava lo moment de combatre.  
Ab igual pas surtien, coratjós l'un com l'altre,  
Del hòrt y la montaya dos fòrts y grans estòls;  
Y la una y l'altra tropa miraves tan llauera  
De ton cavall, Sent Jòrdi, enrogir la carrera  
Entre nubols de pols.

Y quant les que 'ls havien dictat los antichs  
(segles

Pera be dels reyalms en vells furs prudents re-  
(gles,

Menysprear maquinaven reys mal aconsellats,  
Lo mateix no sabien ab ma valenta escriure  
En la ròja senyera que al pòble lo fa lliure  
Consellers y jurats.

Y aixis units romanen d'una y altra germana,  
De la ciutat comptessa y la ciutat sultana,  
Los nòms pera memòria de lo esdevenidor,  
Y avuy yo vinch á dirvos, llurs fills, ab humils  
(tròves,

Que gojarem unides també les ditjes nòves  
D'un pervindre millor.

Dels vells palaus caigueren per tèrra els murs  
(de marbre,

Y en los durs blòcs s'estenen les arrahils del ar-  
(bre

A quí en les branques penjen candits fruyts de  
(la pau:

Culliulos, d'eixa espasa trencá, que 'l temps ro-  
(bella,

Fent, oh ciutats glorioses, tú del forcat la rella,  
Tú l' timó de la nau!



Fills dels bòschs y les ones, hòmes de pit de  
(ferro,  
Los que 'n les llunyes platjes no us mireu en  
(destèrro,  
Perque viva la patria porteu dins de lo pit;  
Pòble que á totes hòres cants entonant alegres  
Del sant treball aixequés l'incens en nubols ne-  
(gres

Fins al cèl, dia y nit!

Y vosaltres, vosaltres als que la front vos  
(crema  
En les brussentes planes lo sòl de la verema,  
Los que feu de la tèrra brotar les garbes d'òr;  
Vosaltres los que dolça mireu correr la vida,  
Y encontreu la fortuna sentada á l'ombra hu-  
(mida  
Dels tarongers en flòr!

Vingau los uns y els altres, y oixau lo que  
(vos diga  
De les comunes glòries y la grandor antiga  
Lo trovador que encara guarda 'l patèrn parlar;  
Y dempres, junts per sempre en una innocent  
(guèrra,  
Desgarreu les entranyes, los uns les de la tèrra,  
Altres les de la mar.

Enjamay disputeuvos, germans, vòstra corona;  
Les dos podeu ser reynes, Valencia y Barcelona.  
La corbella es un ceptre, lo mateix que 'l tri-  
(dent.  
Deu, pera que al pòrt tornen les teves naus llau-  
(geres,  
Y pera que net caiga lo gra en les nòstres eres,  
Envia el mateix vent.

Siau, puix, sempre unides, de cent pòbles  
(envetja:  
Casq'un segle que passe mes ditjoses vos vetja,  
Y creixau en fortuna y en glòria sense fi,  
Les mans fraternes juntes, com convè á les be-  
(sones,  
Y sentades á l'ombra que tú á les dos els dones,  
¡Glòriós tronc llemosi!

TEODORO LLORENTE.

## Á UN ÁRBOL.

### Balada.

Árbol, ¿por qué del campo en la llanura  
Siempre mis pasos á buscarte van,  
Y al contemplar tu pompa y galanura  
Siento en el alma indefinible afán?

¿Por qué si el viento, en incesante giro,  
Tu ramage columpia con furor,  
Dentro del alma á mi pesar suspiro  
Por cada hoja perdida y cada flor?

Acaso, acaso en tu lozana vida  
Algun misterio el corazón leerá:  
Tal vez mi suerte á tu existencia unida  
Por impalpable vínculo estará.

¿Quién sabe si darás á mis amores  
Fresca sombra en tu verde pabellón;  
Si sentiré, cubierto con tus flores,  
De un ángel palpar el corazón?

Tal vez robusta y ponderosa lanza  
Tus vástagos gigantes me darán:  
Tal vez cuando se logre mi esperanza,  
Ramos tuyos mi sien coronarán.

¿Quién sabe si al cruzar los anchos mares  
Tú serás el timón de mi bagel,  
O de triste naufragio en los azares  
La pobre tabla que me salve en él?

Mas si de amor la tienda encantadora  
No has de ser, ni la lanza, ni el timón,  
Ni la flotante tabla bienhechora  
Que me libre del mar y el aquilon;

Cuando la muerte mi destino amanse,  
Árbol, ¿quién sabe si caerás también?  
¡Si el féretro serás donde descansa  
Mi helado pecho, mi marchita sien!

E. DE SAAVEDRA, MARQUES DE AUÑON.

## MEDITACION.

En el árido sendero  
Las hormigas se han perdido  
Por la arena:  
Su tributo al hormiguero,  
Cuando el sol ha descendido,  
Traen con pena,

Y tras horas de fatiga,  
Con afán y sin aliento  
Van cargadas  
Con la mole de una espiga,  
Que pondrán sobre otras ciento  
Ya guardadas.

No hay descanso en su camino  
Ni á su cuerpo dan sosiego;  
Sin pararse,  
Trabajar es su destino  
Como sordo, como ciego,  
Sin quejarse.

Mas cruzando el viagero  
Por la rústica vereda,  
Con su planta  
Pulveriza el hormiguero:  
Hundida en el polvo queda  
Lucha tanta.

Tal es nuestro afán constante,  
Tales son nuestras fatigas  
Ponderadas;  
Que es la muerte el caminante,  
Y nosotros las hormigas  
Aplastadas.

ISIDORO F. FLOREZ.

## LA INFANCIA DE CERVANTES

### ó el genio se revela.

Era Alcalá de Henares, á mediados del siglo XVI, una de las ciudades mas notables de Castilla la Nueva. Dábale gran importancia el ser asiento de la universidad, fundada por el ilustre cardenal Jimenez de Cisneros, para el estudio de las ciencias divinas, en competencia con la de Salamanca, donde se enseñaban especialmente las humanas ciencias. Años hubo en que llegó á cinco mil el número de estudiantes que cursaban en la *florentísima*, cantidad á que se halla hoy reducida el número de sus moradores por vicisitudes de los tiempos.

En proporcion á aquella bulliciosa colonia y al influjo que egercen en las costumbres los hombres dedicados á las letras, Alcalá de Henares ofrecia un aspecto peculiar, característico y digno de atención. Casi el total de las casas y particularmente las próximas al santuario de las ciencias, eran bodegones y hosterías en donde se daba de comer á precio módico, ó viviendas alquiladas por bachilleres de pupilos, hombres que se dedicaban á vivir con los estudiantes, dándoles dos clases de pasto: el espiritual, que consistía en el repaso de las lecciones, y el corporal que se limitaba á una frugal mesa y angosto y menguado lecho. De estos bachilleres patronos se hacia el competente exámen por el rector, así de suficiencia, como de buenas costumbres, pues habian de suplir á la vigilancia de los padres ausentes.

Como la mayoría de mesoneros, bodegoneros ú hosteleros no tenia carta de exámen, si no era de la academia de Monipodio, y al olor de la juvenil estudiantina acudia gente taimada de ambos sexos, sus casas eran teatro donde se reunian los discípulos de Durando y del angélico doctor, mas duchos en alzar un as en la veinte y una, que en resolver una cuestion teológica, y mas diestros en las tretas de quí-nolas y del parar que hacian célebre la ciencia picaresca de España, que en los distingos de la escolástica filosofía.

No dejaban de avecindarse allí tias devotas y doncellas recogidas, tan fingidas las primeras, como falsas las segundas, con el santo propó-

sito de tender suavemente la red á la juventud incauta para tan sutil género de pesca, y hacer de los tomistas, antes maridos engañados que doctores ladinos. Ciertamente que la policía y vigilancia de los maestros obligaba á los escolares á forzado retiro desde las primeras horas de la noche; pero la ingeniosa travesura de los jóvenes se burlaba de esta inquisición doméstica, ofreciendo diariamente escenas nocturnas cómico-burlescas, dignas de ser contadas por curiosos cronistas.

El estudiante, por entonces, y hasta casi nuestros dias, en que se le quitó la sotana, la veleta y el manteo, haciéndole vestir el traje de ciudadano raso, habia de recibir con la collareta collares de pícaro, puntas de espadachin, ribetes de jugador, flecos de gloton, vivos de enamorado y listas y colores de travieso, á despecho de bedeles y vigilantes, así en Alcalá como en Salamanca, y en Salamanca como en todas las universidades del mundo.

Estos hábitos é inclinaciones, estas necesidades y los medios de satisfacerlas daban una fisonomía especial á las poblaciones en donde existia un célebre seminario, y Alcalá de Henares no tenia que envidiar á ninguna con su rica y renombrada florentísima.

Fuera de esto, habia, como en todas partes, cierto número de jóvenes estudiosos, que miraban con repugnancia la vida alegre y licenciosa de la mayoría, y formaba grupo aislado, frecuentador de las librerías é imprentas, que esceptuados los ya dichos establecimientos de primera necesidad, abundaban en Alcalá de Henares atraídos por el mayor comercio que á las letras ofrecia la reunion de doctores y sábios, y de jóvenes que, aun bajo la tutela de los maestros, osaban dar al público sus primeros y modestos ensayos.

En efecto; Alcalá, aunque no de las primeras ciudades en España, no anduvo muy perezosa en explotar la industria de Guttemberg, y en 1502, ó sea veintiocho años despues de su aparición en Valencia, estableció su primera oficina tipográfica, aumentándose muy en breve el número de éstas, hasta poder honrarse con haber contribuido como la que mas á la difusión de los conocimientos en España.

Los impresores y mercaderes de libros eran los amigos de este núcleo de estudiosos, en que se contaban los profesores y catedráticos de la universidad. En sus establecimientos se reunian en los ratos ociosos, sin desdeñarse los barbados doctores de alternar con los imberbes discípulos, para saber lo que pasaba en el mundo científico y literario, y allí se tenia noticia de los escritores mas aplaudidos en la corte, se hacian juicios de sus obras, se referian anécdotas, y se llenaba en cierto modo el vacío que hoy colma la periódica prensa.

Fueron de los primeros que en Alcalá avecindaron, egerciendo esta noble profesion, Arnau Guillen de Brocar que ya en 1513 aumentaba el repertorio caballeresco con la edicion de *Paris y Viana*; Miguel de Eguía y Juan de Villanueva que en 1530 lo estendian, el uno con su *Roberto el Diablo*, y el otro con su *Caballería celestial*; y mas tarde Hernan Ramirez, Juan Angulo, impresor del seminario, Juan Gracian y el celebrado Iñiguez de Lequerica, que de cajista asentó á impresor, plagando de erratas todas las ediciones que manaron de sus desquiciadas prensas.

Erase por los años de 1561. En una tarde de primavera, en que, por hallarse de asueto los estudiantes en las fiestas de Resurreccion, se habian reunido en la oficina de Angulo varios profesores y discípulos; se hablaba acaso de los nuevos libros de recreo circulantes en las tiendas de Alcalá.

— Mala época alcanzamos, decia el licenciado Suarez de Figueroa. Ya no hay ingenios por el mundo que nos describan proezas de caballeros andantes, como si se hubiera acabado el linaje de los Cides y los Carpios.



—Nada se pierde en ello, contestó el licenciado Nuñez, que era de la estudiosa compañía. Al diablo doy yo esas lindas Magalonas y Melosinas, las doncellas de Francia y las reinas de Sevilla con sus parejas los Roldanes y Fierabras, que han estraviado mil cabezas.

—Por mi parte dijo el impresor Angulo, antes me dejaré desollar vivo, que imprimir esas obras; y no por otra cosa, sino porque ya no las quieren los hombres de juicio. Pasó el tiempo en que los hermanos Cromberger hicieron su agosto con los libros de caballerías.

—¿Cómo eso que nos las quieren? interrumpió Figueroa.

—Aquí os podeis desengañar, costestó Angulo sacando un libro de los estantes. Este es *La Caballería celestial*, que há siete años imprimió mi camarada Joan Mey en Valencia, y nuestro paisano Villanueva hace treinta y un años. Ahora se imprimen libros de más sustancia y menos dañosos. Los ingénios toman otro rumbo mas católico cristiano, como se ve por las nuevas que me dá el impresor de Valladolid, Sebastian Martinez, que está imprimiendo una obra del reverendo padre Hernandez de Villahumbrales, intitulada: *Comentarios en que se contiene lo que el hombre debe saber, creer y hacer para aplacer á Dios*.

—Esa es la ciencia verdadera, observó el licenciado Nuñez.

—¿Querrán vuestras mercedes decidme, replicó Figueroa, que ya no ha de haber mas que libros místicos? Pues ¿qué falta le pondremos á esa joya de los libros que ha escrito, como quien dice, en sus ratos de ocio un impresor de Toledo?

—Así ha salido ello, dijo un estudiante; que el Sr. D. Diego Gracian, secretario de lenguas de S. M., se queja que le ha robado todo su prólogo de los *Morales de Plutarco*.

—¿Qué libro es ese? preguntó Angulo.

—*El Palmerin de Inglaterra*, respondió el estudiante.

—¿Le teneis vos?

—No por cierto; que un amigo mio, hijo del hidalgo vecino D. Rodrigo de Cervantes, me le pidió há mas de dos años, y en verdad que no hay quien se le quite de las manos. Tan encantado está con su lectura.

—Este es sin duda, Miguel; interrumpió el licenciado Nuñez. Pues á fé, que es una lástima que es jóven de muchas esperanzas y no hay modo de llevarlo por buen camino.

—Conozco mucho á ese rapáz, añadió Angulo. Aquí suele venir y me lleva de calle con su disposicion y viveza. No hay libro ni papel en mi tienda que no me lo revuelva. Bien es verdad, que es un índice ambulante, y cuando tengo que recordar alguna fecha, ó autor, ó título, no hay mas que preguntárselo á Miguel y él os dejará satisfecho. Yo le quiero como si fuera hijo mio, porque todo se lo merece su gentileza. No há dos dias estubo aquí y me preguntó: Señor Angulo, ¿qué se hace? ¿Puedo servirle de algo?—No, hijo mio.—¿Ni siquiera poner una nota á ese libro que está imprimiendo del *Juego del Agedrez*?—¿Y qué notas habrias tu de ponerle?—Toma, una muy curiosa, que yo he observado que todos los doce pares de Francia, y todos los caballeros de gran prez y fama en la caballería andantes eran grandes jugadores á belmez y pieza tocada. Mire; el señor Reinaldos, con el tablero, machacó la cabeza de un caballero andante por un amago de muerte al rey. Oliveros se enfadó con la paciencia de Roldan, y estuvo á pique de romperle los cascos. Los hermanos Aymon estaban siempre en perpétua querella y con

el tablero por el aire. ¿Le parece que no sería curioso citar las pependencias que han tenido estos señores por un peon ó un roque? Y luego, como por via de erudicion del anotante, aquello de

«Jugando estaba el rey moro  
En rico agedrez un dia,  
Con aqueso gran Fajardo,  
Con amor que le tenia.»

—Os aseguro que me encantó con la gracia y viveza con que dijo todo esto.

—Es un rapáz, dijo Nuñez, que tiene lelos á sus padres; pero por lo mismo, me duele que hayan caído en sus manos esas vanas lecturas, que han de ser causa de sus desdichas. D. Rodrigo se me ha quejado varias veces, porque en lugar de aplicarse á la Iglesia, como desea, y en vez de hacer mitras y casullas y altares, como los otros chicos de su edad, hace morriones de papel



TIPO MEJICANO (EL ARRIERO).

y lanzones de caña, y dice que ha de ser azote de todos los malos.

—Si no es mas que eso, replicó Figueroa, Dios le mantenga en su buena intencion. Ya ven vuestras mercedes como no produce malos efectos la lectura de los libros de caballerías.

Lo que yo sé, prosiguió Nuñez, es que recientemente se ha predicado un sermón en la iglesia de Atocha, de Madrid, por un sacerdote sapientísimo, en que los condenaba como vanos, pecaminosos y nocivos, y ese mismo Gracian, que es honra de las españolas letras, los proscribió de nuestra república. ¿Quién sabe si mañana tendrá que sentir Don Rodrigo los efectos de esa loca lectura y se le desgarre su hijo del hogar paterno en busca de batallas y aventuras?

—No estará muy lejos ese día, observó el estudiante; porque ya mas de una vez me ha dicho Miguel, que quiere ver el mundo, y que ha de hacer y escribir cosas tales que quede memoria de sí hasta el fin de los siglos.

—Ya lo veis, exclamó el licenciado Nuñez.

Pero yo aseguro, advirtió el licenciado

Figueroa, que no serán los libros de caballerías el origen de esta resolucion.

—Así me lo parece, replicó Angulo.

—¿Cuál puede ser?

—Su imaginacion viva, prosiguió Figueroa. ¿Quieren vuestras mercedes que se sujete al estrecho recinto de Alcalá, un mozo que se pasea ya por el universo con su fantasia? ¿No es este Miguel quien le hace los romances al ciego que lleva los *vademecum* de los colegiales?

—El mismo, contestó el estudiante, el mismo que de edad de ocho años, oyendo la historia del moro Muzaraque y de la cuesta Zulema, se salió solo de su casa y fue á la cuesta y la anduvo rodeando por ver si encontraba la cueva del encantado moro, que si no es por unos cazadores amigos de D. Rodrigo, que allí le vieron al anochecer hambriento y estenuado, acaso le hubieran comido los lobos; pero..... héle allí, ¡Miguel! ¡Miguel!

A este grito, todos sintieron una agradable sorpresa. Era en efecto Miguel de Cervantes, que en aquel momento pasaba por delante de la Universidad, completamente absorto en la lectura de un papel impreso que habia encontrado en la calle.

A la voz del estudiante, el niño Miguel se detuvo, y viendo á los que le llamaban de un brinco se puso en la tienda del impresor.

Todos los circunstantes se abalanzaron á él, llenándole á porfía de caricias, porque en efecto, no habia quien no diese gracias á Dios, al ver aquel niño de tan agraciada presencia, mirada tan noble, viva y espresiva, de donde lanzaba vivo fuego.

El licenciado Nuñez, como amigo de sus padres, reclamó el derecho á tenerle junto á sí; pues todos se disputaban el gusto de colocarlo á su lado respectivo.

—De tí se hablaba, rapazuelo, dijo Nuñez, desviando de sus ojos los cabellos como el oro, que naturalmente rizados, le caian. ¿Es cierto que hay ese moro encantado en la cuesta Zulema? ¿Te atreves á contarnos lo que viste en ella?

—Estén vuestras mercedes atentos, dijo Miguel, preparándose con indecible formalidad, como á relatar una historia.

(Se continuará.)

NICOLAS DIEZ DE BENJUEA.



Por causas completamente ajenas á esta Redaccion no podrán repartirse á los suscritores de seis meses, hasta el número próximo, las láminas de Doña María de Molina.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.